

La obra pictórica de Frida Kahlo es de carácter distinto, introspectiva, imaginativa, intelectual; pero su gracia, su oficio refinado y un "no sé qué" popular la salvan de toda rigidez o sequedad. Representa la última novedad de la pintura del siglo xx, antes de las corrientes "no objetivistas". Ella es todo lo contrario. Ahonda en los objetos convertidos en símbolos y así se sirve de la metáfora para expresar los más recónditos sentidos de su ser, en que van incluidos recuerdos, anhelos, interrogaciones y algunos rasgos freudianos que supo tratar con la mayor delicadeza y sabiduría, si bien en algunos casos llegó a la crudeza, pero siempre dentro de los límites estrictos del arte. Espíritu complejo, atormentado, bajo la apariencia de jovialidad, intentó la definición de sí misma y creó su obra,

refinada, llena de interés, emocionante y original, que viene a ser una especie de diario íntimo, realista en su fondo y al mismo tiempo lleno de fantasía en sus formas.

Para el espíritu de universalidad todo arte tiene cabida, por eso la Universidad Nacional Autónoma de México ve como hijos propios a los artistas, que con sus obras contribuyen al conocimiento humanista, y por eso rinde homenaje en esta ocasión a cinco pintores, a cinco poetas que con sus cantos enriquecen nuestras vidas. Así, podemos decir con palabras de López Velarde en su oración fúnebre a Saturnino Herrán: "la próxima inviernada... descubrirá que no son nuestros miembros los que se llenan de su frío, sino ella la que se quema de nosotros".



"mitad oyente y mitad ejecutante"

M U S I C A

LOS ALATORRE Y EL CONCEPTO DE PROFESIONALISMO

Por Jesús BAL Y GAY

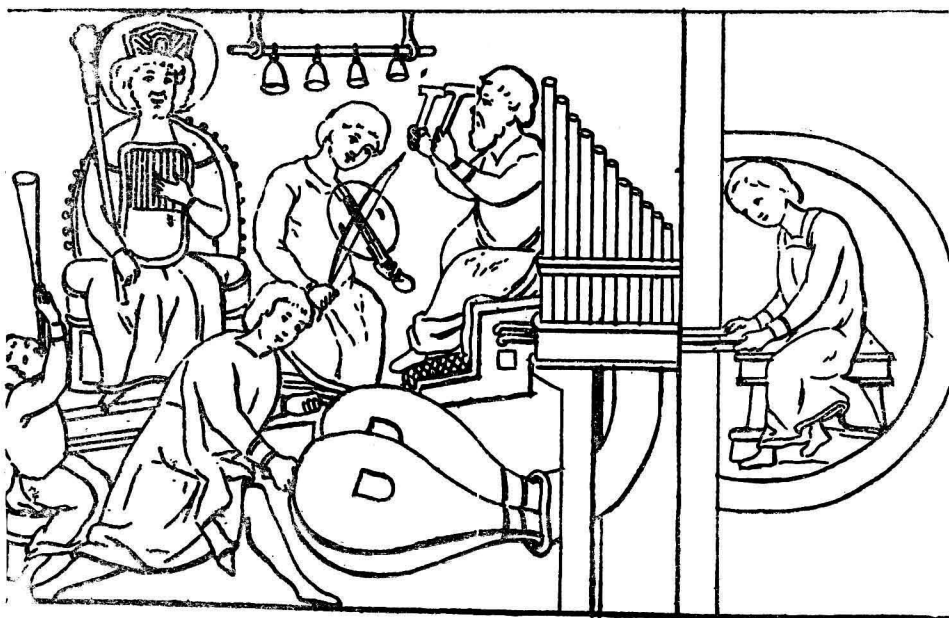
LA MÚSICA se escribe y edita hoy para que se consuma y se consume en el concierto público. Pero la polifonía vocal clásica —profana, no sacra— se destinaba en su época al consumo doméstico, y quienes se encargaban de que se consumiera en la ejecución eran muchas veces los mismos que habían de saborearla. Si hoy los participantes en un concierto se dividen en ejecutantes y oyentes, en aquella época solían fundirse en una especie de centauro mélico, mitad oyente y mitad ejecutante, un ser superlativamente apto para penetrar en la música y penetrarse de ella. La música, en ese plano, venía a constituir un arte para *aficionados*, en el sentido más riguroso del término. (Claro está que los grandes señores tenían músicos profesionales a su servicio, pero lo importante aquí es que ellos mismos y sus invitados gustaban de participar con aquéllos en la ejecución de la música.)

Que tan noble costumbre se haya conservado en algunos lugares o renazca en otros es algo que alegra el corazón de todo músico o amante de la música. En Inglaterra, por ejemplo, está viva en los clubes de aficionados al madrigal y en los colegios de las grandes universidades. Y aquí, en México, existen algunos grupos de amigos que se reúnen periódicamente para cultivar en privado ese delicioso género. Uno de ellos es el de los Alatorre, formado por Antonio y Enrique Alatorre, sus respectivas esposas, Margit Yolanda y Jasmin Reuter, ninguno de ellos músico profesional. Sábado tras sábado y desde hace años han venido dedicando unas horas a cantar piezas del repertorio polifónico español, con todo el amor y desinterés del buen aficionado. Y como todo lo que se hace bien, con devoción, con rigurosa honestidad, acaba trascendiendo sus iniciales límites y propósitos, un día llegó en

que tuvieron que cantar en público, un poco o un mucho a su pesar. Y ahora, corroborados por el éxito obtenido en la sala de conciertos, se decidieron a grabar el disco Gramex titulado *Canciones españolas del Renacimiento*, en el que se agrupan piezas del Cancionero de Palacio, del de Upsala, del de Medinaceli, de la *Recopilación* de Juan Vásquez y de las *Canciones y villanescas espirituales* de Francisco Guerrero, todas muy bien cantadas. La funda del disco tiene en su anverso un lindo dibujo de Elvira Gascón y en su reverso una excelente nota de Antonio Alatorre sobre la música grabada, más una breve presentación que dice así: "El Grupo Alatorre es un conjunto de aficionados que desde hace años consagran sus ocios a la música del Renacimiento español. La pasión que por ella sienten —unida a sus conocimientos musicales y literarios y a su buen gusto— compensan las deficiencias naturales del aficionado. Así lo ha comprendido el público culto de México, que en varias ocasiones no ha regateado su aplauso a este entusiasta grupo de cantantes".

Por dos veces aparece en tan breve espacio la palabra *aficionado* y la segunda con un sentido que nada tiene de elogioso. Y no me parece justo. Porque no hay razón para admitir que al aficionado le sea natural ninguna deficiencia. Para comenzar, cuenta él siempre con una cualidad que con frecuencia le falta al profesional: la afición, es decir, el amor al arte, cualidad sin la que ningún hombre podrá considerarse un artista cabal. Y además el ser aficionado no significa necesariamente carecer de la suficiente capacidad técnica para el cultivo del arte. Ahí están los componentes del Grupo Alatorre que lo demuestran. La incapacidad técnica se encuentra, en cambio, en muchos profesionales, sea por falta de talento, preparación deficiente o exceso de rutina. Todos hemos oído a cantantes de ópera famosos destrozarse con su desafinación, mala medida y peor sentido del equilibrio ciertos tercetos y cuartetos *a cappella* que hay en algunas obras, cosa que no ocurre nunca con los *aficionados* Alatorre, a pesar de las grandes dificultades que encierra el género polifónico, más grandes casi siempre que las de aquellos trozos operísticos.

En correspondencia con el sentido un poco despectivo que se suele dar al término *aficionado*, se usa en sentido contrario el de *profesional*, y en estos días se está abusando mucho —por parte de los cronistas de conciertos y revisteros de discos— del de *profesionalismo*. Cuando esos



Antón matacrist de P. 1000.

"un arte para aficionados, en el sentido más riguroso del término"

señores quieren elogiar de veras a un músico, en seguida recurren a ese término, como si la perfección técnica, la intuición interpretativa y el buen gusto fuesen sinónimos de profesionalismo. Este vocablo significa, según el Diccionario de la Academia, "cultivo o utilización de ciertas disciplinas, artes o deportes, como medio de lucro", nada más, y así se lo había entendido siempre. Pero ahora resulta que implica además un auténtico dominio del arte, incluso un evidente sentido de responsabilidad, y eso sí es un disparate.

La cosa arranca de lejos, con el uso de *aficionado* en el sentido de persona que practica el arte sin gran asiduidad ni intención de lucro, pues ello parece implicar una cierta actitud caprichosa e irresponsable de tal persona, además de su relativa falta de oficio debida a la poca asiduidad de la práctica. Frente a ese tipo aparece el de profesional, al que gratuitamente se le concede todo lo que, no menos gratuitamente, se pretende, negarle al aficionado, como si no pudieran existir profesionales ineptos y deshonestos en el ejercicio de su arte.

En rigor, el profesionalismo es una cuestión de economía privada que a nadie debe interesar: de qué vive Fulano. El escritor, el pintor, el músico puede que no viva —que no pueda vivir— de su oficio. Parte de su tiempo lo ha de dedicar a otro género de actividad. Y entonces se nos plantea el problema de tener que decidir, dada esa circunstancia, si ese hombre es un profesional verdad o un mero aficionado de la literatura, de la pintura, de la música. Si admitimos que lo primero, ¿a qué le llamaremos ser aficionado? Y si decidimos que lo segundo, ¿cuántos ver-



Antonio, Enrique, Margit y Yolanda Alatorre, y J. Reuter

daderos profesionales podremos señalar entre los más ilustres escritores, pintores y músicos?

Poniéndonos rigurosos, sería cosa de preguntar si se puede ser profesional en dos o más disciplinas simultáneas. Si decidimos que no, automáticamente declararemos, por ejemplo, a St.-J. Perse, Borodin y, lo que es más, a muchos de los grandes artistas del Renacimiento, aficionados, nada más que aficionados. Si decidimos que sí, no estableceremos diferencia alguna entre el aficionado y el profesional. Hay músicos que viven exclusiva-

mente de la música y que no tienen ninguna otra actividad. Esos, se dirá, son auténticos profesionales. Pero no hay que precipitarse. Porque una cosa es componer, otra tocar un instrumento, otra dirigir orquestas, otra escribir crítica. Y es raro, muy raro el caso del compositor que no hace otra cosa que componer y, además, vive de la composición. Lo más frecuente es que busque el diario sustento como instrumentista, como profesor, como director de orquesta o como crítico. Así pues, ya no podríamos llamarlo un compositor profesional, según el rigor que algunos pretenden para semejante término. Berlioz vivió más del periodismo que de la composición: *ergo* no fue (?) un compositor profesional. Mahler y Strauss tampoco, puesto que dedicaron gran parte de su tiempo a dirigir. Y así tantos y tantos otros. Porque vivir exclusivamente de la composición significaría, en la mayoría de los casos, morir de hambre.

En resumen, lo sensato será que nos abstengamos de caer en el afán de distinción entre el aficionado y el profesional. El músico, el poeta, el pintor es buen o mal artista: eso es lo que importa. Cómo alcanzó excelencia, de qué vive, qué otras aficiones tiene, son todas cuestiones absolutamente ociosas. Los Alatorre cultivan con gran habilidad la polifonía clásica, infinitamente mejor que muchos coristas profesionales y que muchos divos de la ópera —si éstos se pusieran a cantar esa música—: son, por tanto, unos excelentes artistas. Por el ahínco que ponen en ello, por el sentido de responsabilidad que preside siempre sus actuaciones, sería precisamente un error calificarlos de profesionales: son más bien unos aficionados en grado superlativo. Pero que se les llame aficionados y que al hablar de ellos se aluda a "las deficiencias naturales del aficionado", cuando en la jerga periodística se está usando el vocablo *profesionalismo* como sinónimo de perfección y sentido de responsabilidad artística, lo considero sobremedida peligroso, más para el público que para ellos mismos.



"ser aficionado no significa carecer de la suficiente capacidad técnica"